

CAPITULO XI.

ACLARACION DE ALGUNAS DIFICULTADES.

Imaginaron algunos ser nuestra opinion que los sentidos, el sentimiento y el racionio, nos engañan *siempre*. Nos han hecho estos sugetos mucho honor, tomándose el trabajo de respondernos, porque ¿cómo se responderia al que, desechando toda verdad, sostuviese la imposibi-

lidad de conocer nada, ó negara la inteligencia humana ?

Desde que hay hombres, ninguno que sepamos, cayó jamas en un exceso tal de extravagancia. Aun los escépticos no niegan, dudan. Y decimos desde las primeras páginas de nuestra obra, distinguiendo la facultad de conocer y de discurrir : « La razon, en el primer sentido, es « el fondo mismo de nuestra naturaleza inteli- « gente. Ser inteligente ó racional, es, ser « capaz de percibir la verdad; y el hombre « tiene mas ó menos razon, ó su razon está mas « ó menos ilustrada, es mas ó menos extensa, « á proporcion que contiene mas ó menos ver- « dad. »

Notamos despues que cada uno de nosotros halla en sí tres medios de conocer, ó de llegar á la verdad : « los sentidos, el sentimiento y el raciocinio »². Sin embargo estos tres medios, tomados separadamente ó reunidos, de ningun modo son infalibles. Los sentidos, el senti-

¹ *Ensayo*, parte III, cap. I.

² *Ibid.*

miento y el raciocinio pueden engañarnos, y en efecto nos engañan con frecuencia. Es un hecho de que nadie duda, y de él resulta que el hombre aislado, no podria estar cierto de nada, porque no tiene en sí mismo regla cierta por la cual en caso alguno le sea posible asegurarse de que no se engaña.

Pero la naturaleza proporciona al hombre en sociedad el medio de certeza que no hallaba en sí mismo, porque puede él comparar el testimonio de sus sentidos, de su sentimiento y de su raciocinio privado, con el testimonio de los sentidos, del sentimiento y del raciocinio de los demas hombres, y así la verdad es mas ó menos cierta, ó mas ó menos dudosa segun que los testimonios difieren ó se acuerden*, aunque no sea posible fijar el número de testimonios conformes que se necesite para producir una certeza perfecta.

* Todos nuestros adversarios han confundido la verdad de las ideas consideradas en sí mismas, con la certeza que el hombre puede tener de esta verdad; como si fuese lo mismo decir : *tal principio, tal hecho no es verdadero, ó, no estamos ciertos de que lo sea*. Para expresar que una cosa era cierta, los Romanos decian : *ella está atestada, — asserta est.*

« Esto depende de mil circunstancias, » según observamos en el *Ensayo*, « y en particular del valor de cada testimonio tomado separadamente. » *El sentido comun* hace esta diferencia en toda ocasion, y proclama la certeza, cuando la hay, declarando loco al que niega lo atestado por un testimonio suficiente, ó al que se obstina en dudar de ello.

Así es que negar la existencia de Dios atestada por el unánime testimonio de los pueblos, es á juicio de todos los hombres, una verdadera locura.

El negar la existencia de César, seria una locura no menos grande, aunque el testimonio por el que se atesta, no sea casi tan universal.

Y fundados en un testimonio, aun mucho menos general, creemos y debemos creer la existencia de mil y mil individuos, porque en todas partes los hombres creen los hechos de este modo atestados, y que el sentido comun declara deben creerse, so pena de ser un loco.

Lo dicho quanto á las verdades de hecho es igual-

² *Ensayo*, parte III, cap. II.

mente aplicable á las verdades de razon; y si acontece el contradecir una verdad de uno de estos dos órdenes, la regla de nuestros juicios no se muda, y la mas grande autoridad siempre determina, ya la verosimilitud, ya la certeza.

¿Qué es opinion? Un juicio particular ó dictámen, que puede ser verdadero ú falso, una proposicion incierta hasta que la razon general decida; pero verificada está ya no hay incertitud; ya es una verdad ó un error; y los primeros principios, los axiomas no son mas que verdades universalmente reconocidas*.

Reduzcamos la cuestion á sus términos los mas sencillos:

¿Buscando en vosotros mismos la verdad, quereis no admitir como verdadero, sino lo que está demostrado á vuestra razon? En la absolu-

* Cuando los teólogos quieren definir lo que se entiende por *primeros principios*, se ven precisados á convenir no son otra cosa que lo reconocido verdadero por un consentimiento unánime. Dice el P. Petau: *que neque negantur ab ullo sono homine ac sobrio.* (*Theol. dogmat.*, tom. I, lib. I, p. 2). ó como habla otro teólogo: *Quæ... ab omnibus, modo non amentibus, statim advertitur.* VITASSE, de Deo, t. I, c. est. I, art. IV, secc. IV, p. 126.

ta imposibilidad de demostrar nada plenamente, ó de llegar á nada de cierto, os veréis forzados á dudar de todo.

Partiendo de algun principio ó de alguna noción admitida sin prueba, ¿quereis que vuestra razon permanezca único juez de lo que debéis creer? La imposibilidad no menos absoluta de hallar en vosotros mismos una regla infalible de vuestros juicios, os forzará de nuevo ó á dudar de todo, ú atribuir al error los mismos derechos que á la verdad.

Luego para evitar el escepticismo se debe:

1º Comenzar por la fe, ó creer antes de comprender, aun antes de examinar; porque todo exámen supone el conocimiento cierto de alguna verdad, anterior á lo que se examina; sin lo cual,

« El gran principio de este Padre (San Agustin), el que sienta en su libro de *Utilitate credendi*, es trastornar el órden que lisongea al amor propio y que proponian los maniqueos, qual era saber antes de creer. Este Padre queria, por el contrario, que se comenzase por creer humildemente y por someterse á una autoridad, para llegar despues á saber. » FENELON. *Lettre sur la lecture de l'Écriture sainte en langue vulgaire*, S. XIV. *OEuvres*, tom. III. pag. 409—410. edic. de Versailles.

no pudiendo concluirse nada, seria inútil examinar.

2º Hallar fuera de nosotros mismos una regla de nuestros juicios. Como la regla de nuestra razon no puede ser mas que otra razon mas extensa, mas segura, y como el hombre, en su estado presente, no tiene relacion exterior é inmediata sino con las inteligencias semejantes á la suya, ó con los otros hombres, se infiere, ó que la razon de cada individuo no tiene alguna regla infalible, ó que esta regla es la razon de todos, la razon general, la razon humana. Lo que atesta la razon humana verdadero, lo es necesariamente, y lo que atesta falso, lo es tambien necesariamente, ó de lo contrario, no habria verdad ni error para el hombre.

Esta doctrina, tan antigua, tan universal como el género humano, es la ley misma de nuestra naturaleza, porque todos los hombres creen, sin comprender y sin examinar, una multitud de verdades innumerables, necesarias para su conservacion; y todos regulan naturalmente sus creencias por el consentimiento comun, ó constituyen la certeza en el acuerdo ó conformidad de los

juicios y testimonios. Destruyendo esta fe, no admitiendo esta regla, ya no hay certeza, idioma, sociedad, ni vida; y no habria un filósofo que pudiese subsistir tres dias, si rigurosamente siguiese sus principios filosóficos.

He aquí lo que hemos sostenido en el *Ensayo*, y lo mismo que algunos llaman doctrina *nueva*, y otros doctrina *escéptica*, faltas difíciles de conciliar, porque el escepticismo no es á lo que pensamos cosa nueva. Pero enfin somos *escépticos*, porque decimos, que á no ser locos, debemos creer, y en efecto creemos invenciblemente, mil y mil verdades de las que no tenemos prueba racional; y somos *novadores* porque hacemos ver como un hecho universal, esta fe invencible que es nuestra misma naturaleza, y la regla de esta fe que es la inclinacion, no menos natural, que siempre han tenido los hombres de admitir como verdadero, lo que la razon general atesta serlo. No le habia ocurrido á nadie antes que á nosotros, el comparar sus sensaciones, sus sentimientos y sus racionios con los agenos; nadie habia pensado que la uniformidad de los dictámenes confirmaba la exactitud de cada uno de estos juicios considerados en particular; antes

que nosotros, los hombres no se consultaron mutuamente; todos estaban seguros de la verdad de lo que pensaban, aun quando fuesen estos pensamientos opuestos entre sí; antes que nosotros pensáramos en ello, quien hubiere negado un hecho generalmente atestado, un principio universalmente admitido, hubiera sido un hombre muy prudente: nosotros somos los que *cambiamos todo esto*; nosotros quienes, por una detestable innovacion, hemos inventado la locura. Esto es *claro, distinto, evidente*; el que lo dude será escéptico ó convencido del enorme crimen de no creerse infalible y de respetar el sentido comun.

Esperamos se nos dispense no extendernos mas en las acusaciones antes dichas. Expuesta ya y aclarada nuestra doctrina, debemos ahora procurar dar á conocer su importancia.